

LOS SENTIDOS Y EL PROCESO CREADOR (*)

Por SEBASTIÁN GARCÍA DÍAZ

Nos hemos reunido esta tarde —sosegada la preocupación y huido el invierno— para sugerir ideas y sentimientos sobre un tema solemne en exceso por su enunciado, pero que por eso se presta a cubrir mi intención. Sí, nos reunimos para hablar de los sentidos, del proceso de creación, y, sobre todo, para hablar del hombre, de su entorno y de su dintorno. Y voy a hablar a Especialistas y público profano, que tienen un carácter común de principal importancia y es que son hombres también, y al hilo del hombre es como las consideraciones que hemos de hacer esta tarde van a ir dichas; el sentido teleológico de ellas está encuadrado en esta preocupación humanística, en su doble y fecunda vertiente. De una parte porque al ser hombre «nada de lo humano me es ajeno», y de otra porque los hombres que hoy configuramos esta sociedad debemos de tener el espíritu generosamente dispuesto para acoger a las nuevas promociones, que vírgenes de sensaciones y de malicia, se van incorporando con un talante receptivo a la vida. Con aquella pureza que queda recogida en el testimonio de una mujer que siente en poeta:

*Ayer, uno de enero
de mil novecientos setenta y dos,
a las diez de la mañana,
decidí empezar a vivir.
Me puse un largo vestido rosa*

1. Conferencia de inauguración del Curso en la Sociedad Oftalmológica Andaluza. Febrero 1978.

*que me llegaba hasta el alma;
 con gran ternura
 coloqué en mis ojos el asombro,
 y a punto estuve de saltarle la cuerda al corazón.
 Mis labios los dejé como estaban
 porque nada había que quitar o poner.
 Y así,
 soñándome despierta,
 con el temblor de saberme posible, nacida, exacta,
 me adherí, por vez primera,
 a treinta y cuatro millones de españoles.*

(Alicia Cid)

Con estos, que se van añadiendo a los 34 millones de españoles, nosotros los que andamos por la meseta de la vida, tenemos que poner a prueba nuestra calidad humana para hacer acogedor y estimulante esté mundo al que se incorporan.

Hablaremos, naturalmente, de los sentidos, de la creación. Hablaremos, asimismo, de un punto de referencia que yo creo necesario para encuadrar este mundo creativo, que va y viene a través de los sentidos y pasa por la emoción a la inteligencia del hombre. Y para eso recurriremos al ejemplo de algunas épocas históricas anteriores, que quizás nos pueda ayudar extraordinariamente a comprender lo que va a ser la tercera parte de nuestro comentario: Este tiempo nuestro, en donde el proceso de creación, de estímulo y de responsabilización andan tantas veces deformados. Consciente o inconscientemente, espontánea o de forma provocada, es lo cierto que el desequilibrio de nuestro tiempo tiene hondas raíces y quizás explicaciones biológicas.

* * *

¿Estamos en una época de crisis? No lo sé. A lo largo de toda la historia, al hombre le ha gustado de manera morbosamente sentida, el afirmar que la suya es una época de crisis; quizás pesaroso de la brevedad de su paso por la vida; quizá sintiendo que es como la flor del heno que hoy luce y mañana

desaparece. Por eso para darse autotestimonio de importancia querría ser actor, o por lo menos testigo de esas grandes crisis de giro en la historia de la humanidad. Recorriendo no importa qué libro de historia, nos encontramos, a veces, con el testimonio vociferante y acre de los que han definido su época como una época de crisis. Hoy no tenemos nada más que ver la prensa diaria, las revistas semanales, los medios de comunicación, para escuchar constantemente esta palabra: crisis. Crisis espiritual, crisis económica, crisis de los valores morales, crisis de los sentidos. Nos llena de importancia ser tan testigos o, si hay oportunidad, tan actores (siempre tan comparsas), de lo que pueda ser una etapa de crisis.

Lo será o no; tenemos que esperar el paso de los años para ser calificados. Lo cierto es que estamos en una época convulsa, que estamos en una época de cambios radicales y periféricos, inadaptados a lo que A. Toffler llamaba «el shock del futuro», y que no somos capaces de seguir con pasos de hombre esta loca carrera que fuerzas superiores al hombre han emprendido. Y desde este punto de vista creo que no nos alejamos de la realidad si afirmamos el que será discutible que nos encontremos en una época de crisis, pero creo que es evidente que nos encontramos en una perpleja época de cambio radical.

En ella los sentidos siguen haciendo su tradicional función. Tres funciones principales, creo yo, sin grandes esquematismos que se le pueden atribuir a los sentidos. Una el constituir la *dotación perfecta* del hombre, aquellos órganos por los que el hombre adquiere las bellezas de la creación. Es grato imaginar que al sexto día, Dios, cuando vio que todo era bueno y conveniente y bien conformado, creó al hombre y lo dotó de sentidos para que pudiera, precisamente, gozar de esta hermosura de la naturaleza y de esa perfección de la mano divina. Tenía que ser también un poeta de nuestra tierra (mis citas de esta noche serán todas de poetas, para alejarnos un poco de la erudición científica en que nos sumergimos el resto de la semana), el que de una manera intocable recorriera los cinco sentidos, con un son andaluz y andariego:

*A mí tampoco
me podrán quitar
el son del almirez
cuando la sombra corta anuncia el mediodía,
el gusto del aceite
en el hoyo del pan,
el olor de la tierra mojada que nos caía desde
los cerros, si la tormenta rodaba sus toneles
sobre los peñones de Natao,
la suavidad de la barandilla del puente
y la luz de la siesta sobre el verde
humo de las olivas,
sí, con la vida,
primero no me quitan el sentido.*

(Juan José Cuadrado)

Una segunda función muy importante de los sentidos: el ser *instrumento de comunicación*. Por los sentidos se adquieren las noticias, los volúmenes, las formas, las perfecciones, se sugieren las ideas y a través de los sentidos nosotros establecemos esos puentes de comunicación con los demás, con esta gran hermandad que forma la Comunidad de los hombres. Cuántas veces el defecto de comunicación de nuestro tiempo, el de la rota soledad hirsuta del hombre, es la consecuencia de la voladura ignorante de este puente de comunicación que significa los sentidos transitados. Aunque el hombre se quede vacío, hay que conservar el puente aunque el hombre —sucede tantas veces a los poetas— hecho puro instrumento transmisor de las emociones y descubrimientos salga de sí de tal manera que quede desasistido de su vida interior:

*No podemos ni coger la flor de un vallado
para que sea nuestra y nada más que nuestra,
ni tendernos tranquilos en medio de las cosas,
sin pensar, a gozarla en su presencia solo.
Nunca sabremos como son de verdad las tardes,
libre de nuestra angustia su desnuda belleza;*

*jamás conoceremos lo que es una mujer
en sus profundos bosques donde hay que entrar callado.
Tú no nos das el mundo para que lo gocemos,
Tú nos lo entregas para que lo hagamos palabra.
Y después que la tierra tiene voz por nosotros
nos quedamos sin ella, con solo el alma grande.*

(José M.^a Valverde)

Y por último, es evidente que los sentidos son *herramientas de creación*, con las que se acopia la buena madera, el cincel, el color, para que con estos materiales que van recogiendo sentido por sentido, pueda después cuajar de forma armónica y definitiva una obra de creación.

Aquí, ya valdría una diferenciación, hoy que tanto se habla de la liberación de la mujer, diferenciación esencialmente válida entre el instinto de creación del hombre, y el instinto de maternidad de la mujer. El hombre se frustra, se rompe, se traumatiza o no se logra, cuando no ha terminado de hacer pequeña obra de arte, importante o testifical, o íntima obra de creación; plantar un árbol, escribir un libro, ... tener un hijo en tercer lugar. La mujer se frustra o se acongoja cuando no ha conseguido la sucesión del hijo. En ella la especie manda más que la persona, y por eso si no llega a tener el hijo se desfigura en actividades creativas de hombre, y se desparrama generosamente en obras o personas con las que establece una tierna relación materno-filial.

Naturalmente los sentidos con esta triple función integradora, pueden proveer una dinámica distinta y contrapuesta: Hacia la concupiscencia, es decir al servicio de las pasiones, instintos y debilidades del hombre. Es la solemne y bíblica concupiscencia de la carne y de los sentidos, palabra cuaresmal y estremecedora que ha sido casi borrada de nuestro idioma coloquial cuando más presentes están sus hechos en nuestra vida rasa; porque tememos reconocer en la palabra solemne otra superioridad más, y porque a través de la concupiscencia se desemboca en el pecado, otra gran palabra ilustre, tan unida al hombre como su propia piel, en la que el hombre resuena y se empequeñece como debajo de una bó-

veda gótica. Cuando percibe que ha perdido el punto moral para identificar el pecado, y la gallardía de los grandes pecadores para reconocerlo y rectificar. Prefiere huir de esas grandes palabras y tolerarse muellemente su personal significado.

Y el otro camino: la dinámica de los sentidos hacia la ascética. Hacia la regulación y disciplina de estos sentidos, hasta hacerse negar los goces que los sentidos proporcionan. Renuncia y negación consentida e impuestas en aras del ofrecimiento a un valor superior; a Dios o a una moral laica y estricta. Desde la hoya de la concupiscencia hasta la cuesta empinada de la ascética el mismo punto de partida, la capacidad operativa dinámica de los sentidos. Sentidos que podemos distinguir sin fiar de la anatomía en sentidos mayores; la vista y el oído, y sentidos menores, bastante más modestos que estos dos grandes jerarcas en la dotación sensorial.

Los sentidos no permanecen de una manera estática, recogiendo como pantalla cerrada las perfecciones o imperfecciones del mundo, transmitiéndolas, elaborándolas y comunicándolas, porque los sentidos comprometen esa médula indicativa del hombre que es la emoción. Difícilmente podemos comprender la dinámica de los sentidos sin teñirla en el acto de una emoción. Emoción que a veces es instantánea; piensen ustedes en la sensación visual y estética de una larga y estirada verónica de Curro Romero, adelantado el pecho, abierto el compás, lento el lance y el escalofrío emocional que la acción asimilativa por el sentido de la vista produce. Piensen ustedes en la voz rota, con el aguardiente de la madrugada, de Manolo Caracol, en el «vayeo» del comienzo de una seguidilla de «Santiago y Santa Ana», entrando por el escalofrío del oído, transparente y fúlgido como un cuchillo de estrellas. Emociones instantáneas y ardientes.

Pero la emoción comunicada por los sentidos también puede ser progresiva; es la que se va alcanzando a base de ir subiendo la cota de la sensibilidad del hombre. La vieja sabiduría de la Iglesia lo ha realizado a través de la liturgia, pues gran parte de esta liturgia, en el contexto humano, está encaminada a propiciar la elevación emotiva de esos sentidos para alcanzar una fusión con Dios. Pero incluso en el propio mundo

del arte, en la arquitectura, en la pintura, nos ha sucedido al recorrer un claustro mudéjar que completa la íntima belleza del patio, y que a su vez explota en la gracia del campanario, y termina en la veleta de ese campanario, por producirnos el trance de la emoción estética progresiva. Y otras veces el diálogo interior que se establece con las páginas de un libro, llega a emocionarnos poco a poco, ante la perfección literaria de la página o ante la insinuación persuasiva de la idea.

Estos sentidos que crean emoción de forma instantánea o progresiva van en consecuencia a lograr *el sentimiento*; por lo tanto el sentimiento es prácticamente inseparable del sentido, el sentimiento en el calor del arte, en la voz del pueblo, en la naturaleza. Porque como abstracción científica, el sentimiento separado del sentido quedaría casi reducido a un aparato de los que hoy funcionan —computadoras, cerebros electrónicos— que son capaces incluso de acusar esas obras creativas de los sentidos pero que nunca lo serán de elaborar a través de la emoción la particular interpretación personal de aquello que los sentidos nos proporciona, porque una vez cogido en el alma el sentimiento, el sentido transmite la emoción, a veces de una manera, pudiéramos decir habitual, crónica, consuetudinaria, como formando parte del cortejo de las ideas, a veces de una manera densa y mantenida como ese mirarse a los ojos de los enamorados en el que difícilmente se encuentra la clave de la transmisión mutua de la emoción, en donde por fuera del tiempo y del espacio, llega a haber no solamente una concentración emotiva mutua, de un puente de vaivén, sino una enajenación mutua del mundo que le rodea, se hace poco perceptible el correr del tiempo; ¿cuánto tiempo pasan mirándose a los ojos?, y llega a ser difícilmente perceptible también la noción del espacio, ¿en qué sitio están, transportados en la alfombra volante del amor? ¿qué máquina podrá nunca calentar sus circuitos por una larga emoción?

Pero a veces esta transmisión emotiva llega por una vibración no solamente del sentimiento, sino del alma completa en su sensibilidad,

*Pero yo que he sentido una vez en mis manos
temblar la alegría,
no podré morir nunca.
Pero yo que he tocado las agudas
agujas del pino
no podré morir nunca.
Morirán los que nunca jamás sorprendieron
aquel vago pasar de la loca alegría.
Pero yo que he tenido su tibia hermosura en
mis manos
no podré morir nunca.
Aunque muera mi cuerpo, y no quede memoria de mí.*

Decía José Hierro en esta especie de vorágine emotiva que transmite una alegría difícilmente repetible.

A través del sentimiento y con un material acopiado por los sentidos, se llega a producir la creación, que algunas veces irrumpe a destiempo, impensada, sorprendente. Como sorprendente es la floración (dentro de nada es primavera) de esas tímidas flores silvestres que han pasado un largo invierno sin dar testimonio de sí mismas, y que una buena mañana de principio de abril nos sorprenden con su amarillo cándido o con un azul implorante. Es posible también el que estas creaciones artísticas, en personas que no tienen una dinámica elaborada de adquisición de los sentidos, sea el largo fruto de recogimiento, de interiorización, de sufrimientos, que produzca la floración de la obra creadora, quizás ilustre objetivamente, quizás solo apreciada en el parco y cordial círculo íntimo de los iniciados. Pero otras veces, la creación es una pura elaboración de esos materiales que los sentidos proporcionan, es un hacer con armonía el acoplamiento de distintos volúmenes, de distintos colores, de distintos sonidos, de distinto material, es decir, recogiendo de una forma silente, pequeñas emociones y recuerdos hasta después plasmarlos en una obra, a la que ya no se le puede tocar sin romper su perfección: una estatua, una pintura, un cante, una iglesia, una página. Vean ustedes en esta página de Cernuda, el desgraciado poeta sevillano, los materiales recogidos en la niñez y adolescencia con

sensibilidad poética. Materiales que estuvieron al alcance de todos nosotros, cuando Sevilla era ciudad de patios y cielos:

*El segundo pregón era al mediodía, en el verano.
La vela estaba echada sobre el patio, manteniendo la casa en fresca penumbra.*

La puerta entornada de la calle apenas dejaba penetrar en el zaguán un eco de luz. Sonaba el agua de la fuente adormecida bajo su corona de hojas verdes. Qué grato en la dejadez del mediodía estival, en la somnolencia del ambiente, balancearse sobre la mecedora de rejilla. Todo era ligero, flotante; el mundo, como una pompa de jabón, giraba frágil, irisado, irreal.

Y de pronto, tras de la puerta, desde la calle llena de sol, venía dejoso (tal la queja que arranca el goce), el grito de «¡Los pejerreyes!». Lo mismo que un vago despertar en medio de la noche, traía consigo la conciencia justa para que sintiéramos tan solo la calma y el silencio en torno, adormeciéndonos de nuevo. Había en aquel grito un fulgor súbito de luz escarlata y dorada, como el relámpago que cruza la penumbra de un acuario, que recorría la piel con un repentino escalofrío. El mundo, tras de detenerse un momento, seguía luego girando suavemente, girando.

Quizás, esta lenta creación por acopio de material que va seleccionándose en los sentidos, nos explique aquellas obras perfectas, cargadas, además, de mensajes y de emoción bien transmitida, que producen los hombres en la madurez y en la vejez. En donde aquellos materiales, aquellos recuerdos unidos en el quehacer dinámico de los sentidos, no en el camino de la concupiscencia, o también en el camino de la concupiscencia arrepentida, han sido ya filtrados por el paso de los años, limpios de pasiones y de interés. Armonía, frescura y perfección sorprendentes en la obra de este hombre maduro,

quizás terminando la meseta de su camino para entrar en la etapa involutiva de su biografía, nos va a regalar (tantas veces pasa en el mundo de la poesía, de la pintura o de la música), con la obra maestra de su vida. Otras veces aquellos que murieron jóvenes, y que decimos de una manera rutinaria que se han malogrado, que dejaron una obra inconclusa, a lo mejor no es así; a lo mejor el proceso de su maduración llegó a su término; a lo mejor esa obra maestra concebida en plena juventud, no hubiera sido seguida de otras obras maestras repetidas, porque el proceso de elaboración filtrativo que llega a la creación de la obra maestra, puede darse en la madurez o en la vejez por el acopio de materiales selectos, pero pueden anticiparse también en la juventud y producir la obra maestra. Quizás uno de los deseos del hombre en esta vida sea que la obra maestra de uno no sea la última, pero tampoco la primera. Que tu obra maestra sea tu muerte.

Es evidente que en esta consideración de los sentidos va a tener un apartado especial la pérdida de esos sentidos en relación con la creación. Sobre todo cuando se produce en los sentidos mayores: el sordo, el mundo del silencio, esta crispación interna de soledad del sordo, que tiene conciencia de vivir una situación injusta, de estar empobreciéndose por falta de acopio de materiales tan importantes que llegan por el oído, mientras que los demás, con menos sensibilidad que él, siguen enriqueciéndose por asimilación de nuevas audiciones. Y esto va a producir la huida, el apartamiento, la situación normalmente acre y desaforada del sordo. Piensen ustedes en un Goya, hundido en el mundo de su silencio.

El mundo del silencio es una creación de los que oyen, no es una creación de los sordos, el mundo del silencio no tiene voluntarios entre los sordos, lo tiene entre los que oyen: La Cartuja, la Trapa, las clausuras monacales están llenas de hombres y mujeres singulares que renuncian al mundo, y con él a sus sollicitaciones y ruidos, pero no han renunciado al oído, sino que seleccionan a su través los sonidos familiares, domésticos, litúrgicos, naturales, tal como se producían en los días primeros de la creación; el silencio para ellos es concentración, no vacío, ni despojo.

Piensen ustedes en Goya, ensordecido, pintando en la Quinta del Sordo, aquellas pesadillas de blanco y negro de su última época. O recuerden la desesperación de Beethoven en aquellos violentos acordes iniciales de la *Quinta Sinfonía*, o el sollozante gemido del violín en la sonata *Primavera*, o aquellas quejas múltiples en el triple concierto de violonchelo y el violín acompasado por el piano, que es la protesta ardiente de una obra maestra que se lanza contra el mundo como un reproche; el reproche de la soledad y del abandono de los sentidos.

Y qué distinto a la situación de pérdida de vista. Como lo que es hostil, violento y retador en el sordo que crea, es en el ciego corporativo. Los ciegos se reúnen unos con otros, y se potencia esta falta de un sentido en la experiencia de los sentidos complementarios de los demás; el ciego es mucho más confiado. En las artes paralelas la diferencia de esta crispación de Goya o de Beethoven, con la placidez y hondura de los versos de Homero, el poeta ciego, o con la música sedante, acogedora, nostálgica y romántica de Joaquín Rodrigo.

Podemos estimar una tercera categoría: la de los que tienen alterados los sentidos, o perdidos en un proceso ambiguo, que son aquellos que tienen roto el mundo del sentimiento. Porque al sentimiento llegamos, por fin, tras andar por las trochas de los sentidos. Este mundo del sentimiento roto va a crear en la transmisión de una acción creadora a través de los sentidos de la vista, la obra delirante de un Van Gogh en la que nos impresiona el tormento interno de sus amarillos crispados, o la obra dolorosa de Schumann cuando, en las fases de lo que hoy llamaríamos psicosis de angustia o una larga depresión, produce los alegros sollozantes de su Sinfonía. Se expresa en la obra de Tchaikowsky el dolor de la carne equívoca, también una deformación del sentimiento, llena de especial tristeza resignada, pero tan dulce y entrañable que justifica la valoración de Nietzsche: «Daría toda la felicidad del Occidente por esa manera rusa de estar triste». Es el tinte del sentimiento roto, del sentimiento equívoco, del sentimiento desfasado en la obra de creación que se entrega con espontaneidad.

Son los fundamentos. Pero estos fundamentos que permanecen invariables en el hombre, en cuanto transita sobre la tierra, tienen siempre la necesidad de equilibrio jerarquizante para producirse, y no siempre lo han tenido. Si queremos ilustrarnos de nuestra historia, podemos ver, yo creo que sin deformar los parámetros, cómo en Egipto, el Egipto tradicional de la primera o segunda dinastía, había un notorio desequilibrio sensorial con un predominio indiscutible del espíritu. Una supremacía del espíritu sobre la materia, una supremacía de la cultura sobre la civilización. Se vivía mal e incómodamente y sin embargo se creaba, desde el punto de vista del espíritu, aquellas maravillas del Valle de Luxor, o aquel conjunto de los templos de Abusimbel, aquellas filigranas de los interiores de las pirámides, o el mensaje hermético de las esfiges. Las guerras de Egipto eran guerras de espiritualidad, para someter el espíritu de las naciones colindantes o para acopiar mano de obra que permitiera el culto a la muerte; es la civilización del culto a la muerte. El vértice de la espiritualidad y el desprecio de la materia, y entonces el prepararse a esta vida transespiritual que había tras de la muerte, era lo que justificaba la creación de las máximas obras de arte.

Contemporáneo suyo, Israel. Israel, que podemos considerarlo como el espíritu inflamado en llama vibrante con total desprecio del cuerpo. En la civilización israelita está la supremacía del espíritu, está el desprecio a la corporidad. Ustedes saben que llega a no existir en algunas de las artes, como la pintura; ustedes saben que es el pueblo monoteísta porque es incapaz de concebir en un espíritu participación de distintos dioses. Es incapaz, en la finura extraordinaria del espíritu, de crear dioses compartidos, y sin embargo llevan al mundo de la creación este monumento inmanente que es la Biblia, en donde la riqueza de las imágenes poéticas y la riqueza de las situaciones descriptivas son infinitamente superiores a la pintura en su valor plástico. La tierra prometida, aquella por la que lucharon y emigraron, y sufrieron y se sometieron, y se volvieron a rebelar los israelitas, era tierra importante porque era prometida, no porque era tierra. La tierra bien poco valía, era un desierto árido y cuatro farallones con un mar

salado que ni siquiera tenía importancia náutica, lo importante de la tierra es que era «prometida», el instrumento de la ratificación del compromiso de Dios con su pueblo, un pueblo que ahincado en este gozo espiritual llegaba a imprecicar a Dios cuando era necesario, o cuando su conciencia podía darle testimonio de que Dios no hubiera cumplido su promesa. Era tal el convencimiento de la acción del espíritu que no solamente vivía la naturalidad de lo sobrenatural, y los ángeles entraban y salían, y visitaban a los hombres y se les recibía sin ningún gesto de espanto, sino que cuando era necesario se luchaba con el ángel, y se luchaba mano a mano con el ángel, persuadidos de esta suprema superioridad del espíritu, en donde la materia no importaba nada, en donde el desequilibrio era un desequilibrio ardoroso en pura llama viva.

Lo mismo, pero sin esta deificación ascendente del espíritu israelí, al otro lado del Atlántico, en el Méjico precolombino, la civilización azteca. La civilización en la que el predominio del espíritu sobre la materia llegó a crear aquello que, según Bernal Díaz del Castillo, en su testimonio de los viajes de Hernán Cortés, significa la ciudad de Tenochtitlán, en donde el hábitat humano, una habitación absolutamente desprovista, era al mismo tiempo sala de estar, dormitorio, cocina y despensa, con cuatro muros lisos. Pero unos jardines llenos de flores exóticas traídas de lejos, maravillosas, de pájaros de los más distintos colores, una auténtica ofrenda de la vista y del oído, cruzada por canales de una exquisita arquitectura en donde el espíritu podía gozarse. Hasta tal punto era desproporcionada la importancia del espíritu sobre la materia, que los dioses de Méjico precolombino eran dioses sanguinarios, que necesitaban el continuo sacrificio de corazones humanos sacados con cuchillos de obsidiana, para poder dar su beneplácito a los hombres. Y aquel valle impresionante de Teotihuacan, el Valle de los Dioses, con las pirámides generosamente crecidas en altura para acercar el hombre a Dios, culminadas por las plataformas de los sacrificios. Sacrificios humanos, porque el hombre importaba poco a consecuencia de la enorme supremacía de los valores espirituales en la creación y en la vida.

Si esta óptica la trasladamos a la Edad Media, podemos, yo creo también, sin forzar las cosas, concluir que en la Edad Media se produce el equilibrio deseado. Equilibrio entre el espíritu y la materia, entre la civilización y la cultura. Naturalmente, para que tal equilibrio se produzca tiene que haber una discreta supremacía del espíritu que gobierne a la materia. Lo mismo que cuando vemos un jinete bien acoplado al caballo, que produce una estampa de estética perfecta e intocable, es porque hay una supremacía del jinete sobre el caballo, y entonces se produce el equilibrio, lo mismo en la Edad Media. En la Edad Media se crean unas entidades permanentes hasta ahora: las Universidades, un enorme tributo a la perpetuación al mundo de la cultura espiritual, y paralelamente se crean los Hospitales, como nos llegan casi a los umbrales de nuestros días, para atender el cuerpo; el cuerpo que ya ha adquirido una importancia que no tenía en el Egipto de los faraones, ni en el imperio azteca. El cuerpo es importante porque es templo vivo de Dios, por lo tanto es respetable, y hay que respetarlo. Se crean los monasterios, para ejercer la mística y la espiritualidad, pero se crean las bibliotecas también para regalar a los sentidos del cuerpo las obras de arte que entonces se pueden recoger. Las guerras ya no son guerras de conquistas, son guerras religiosas, guerras religiosas en las Cruzadas que significan la utilización de la fuerza corporal en la conquista de objetivos ilustres por el espíritu. Pero al mismo tiempo se pone en marcha una estancia material no superada hasta el momento, que es la Cristiandad —un concepto geográfico unitario infinitamente superior a las Naciones Unidas o a la Comunidad Económica Europea—, todo ello unido a un fluctuar de fronteras, con un marcado carácter espiritual.

El arte se hace a la medida del hombre. Naturalmente ofrecido a Dios, pero a la medida del hombre, y surgen los pilares de la arquitectura, de los templos y de las catedrales, que han venido, de una manera o de otra, modificándose hasta nuestro tiempo, y el canto gregoriano, que podrá ser dramático, dulce, lúgubre, alegre, pero siempre armónico, monódico, espiritual, transitivo, preparador de los sentidos. Todo

lo que tiene vigencia en el espíritu actual tiene hincadas sus raíces en la Edad Media: vean ustedes las notables diferencias en uno de los parámetros que podemos escoger, el de los templos. El templo gótico, el templo del Renacimiento, el templo románico de la Baja Edad Media, en donde todo estaba preparado para acoger a los sentidos del hombre y propiciarle la elevación del espíritu. La vista se derramaba en la contemplación de un retablo de pintura o de escultura colorista y armónico, la protección de una bóveda y de unas nervaduras de piedra que tenían la proporción de la luz bien tamizada, en la visión de unas casullas donde los bordados y dibujos eran a su vez obras creativas de arte. Mientras que el oído era elevado por el canto gregoriano o sumido en los acordes del órgano o quizás exaltado por el toque de las campanas, con el tacto suave de la madera de los bancos, el olor del incienso y la cera, el gusto evocado en convites de determinadas épocas litúrgicas del año. Era una suave y progresiva sumisión de los sentidos para desprenderlos de ataduras profanas y propiciarlo a la emoción religiosa.

Este hombre inmerso en los cinco sentidos hacia las cosas que no solamente le va desprendiendo de la materialidad, sino preparando la llegada del Espíritu Santo se va a encontrar, por supuesto, mucho más dispuesto a la elevación unitiva con Dios, que el hombre en uno de estos cocheros distinguidos o almacenes anónimos en que nos quieren convertir actualmente las iglesias. Con el argumento de que son las iglesias para los pobres, y que la Iglesia es para los pobres, y que el Evangelio es para los pobres; sin darse cuenta de que le están quitando a los pobres la única riqueza que poseían de manera indiscutible, que era la dotación artística de una buena catedral gótica, y a cambio le están dando los muros desnudos de un garaje con techos de uralita, que el hombre utiliza instintivamente para «encerrarse» o «contestar», nunca para rezar. Y los curas, desprovistos de casullas y en la cara el micrófono, ven aumentar parcamente una clientela sociológica. a cambio de creyentes menesterosos y entregados.

Es nuestro tiempo el de la supremacía de la materia sobre el espíritu. Ustedes me van a permitir que no insista sobre ello porque ahí está, en todas las esquinas de la sociedad de consumo, en todos los llamamientos al hombre, en todas las sollicitaciones de los sentidos; es la pura sublevación de la materia y el consciente olvido del espíritu, camino de una sociedad de masas que constituye un fácil rebaño para las apertencias de tipo político o material, para una economía de consumo, por mucho que en esa masa haya hombres que se rebelen con una dolorida sensibilidad de protesta, como un jovencísimo poeta de nuestros días:

*Estoy firmando aquí cosas y cosas:
papeles de oficinas mal timbrados,
sellos de urgencia, reglas y apartados,
escasas vacaciones de verano,
claras palabras de promesa rotas
sacadas de mi puño y de mi mano.
Estoy aquí, entre las viejas losas
del siniestro despacho de mi vida,
haciéndome más viejo y más humano.
Estoy aquí sintiendo que no siento
la dulce sensación de mi partida.
Estoy firmando aquí mi testamento.*

(Gonzalo Vázquez Roderó)

Las guerras actuales, ustedes saben, son guerras de prestigio (la más infame de todas las guerras) o guerras de dominios, o guerras económicas. No hay aquella justificación espiritual de las guerras del Egipto primitivo o del México azteca, ni aquella iluminación religiosa de las guerras de las Cruzadas.

Para tomar como punto de referencia (ya que la inmensa mayoría de los que estamos aquí nos movemos en el camino de la Medicina) la evolución desde el Hospital de la Edad Media al modernísimo, lujoso y monobloque hospital de nuestros días, que nos va a marcar bien la diferencia. Este hospital funciona por necesidad de atender al depósito de alma

que es el cuerpo, en un centro absolutamente distinto, en filosofía y funcionamiento, de los que conocíamos o estudiamos. En el hospital moderno, hoy, se nace y se muere. Casi todos los que estamos aquí hemos nacido en nuestras casas, en ella enfermamos y pasamos las noches de angustia y los días esperanzadores de la convalecencia. y en ella esperamos morir si nuestros hijos lo permiten. Sin embargo, nuestros hijos casi todos han nacido en clínicas. Y cada vez es más notoria la tendencia a ir al hospital para nacer, para enfermar, para morir, porque el espectáculo de los últimos momentos no va a ser grato, ya, en el rincón acogedor de la casa.

Por eso el hospital moderno se ha convertido en un sitio de «estar» continuamente allí, y por eso hay necesidad de cafetería, de tienda de flores, de tienda de revistas, de espectáculos, y por eso un hospital de 1.000 enfermos tiene dos mil personas de plantilla y quizás cuatro mil circulantes dentro del hospital, con una gran soltura y familiaridad. En el hospital difícilmente se habla a cota de sanidad, sino a cota de mantenimiento; y con razón, porque el coste de un hospital moderno alcanza unas cifras tan extraordinariamente importantes que el hombre de la sociedad tiene que preocuparse en qué se gastan, cómo se gastan, cómo se pueden reducir.

Pero quizás lo más grave es que en el hospital moderno, así como en el antiguo, la finalidad de la clave objetiva es curar al enfermo, consolar al que sufre. Hoy los fines del hospital ya no son los mismos, hay un fin sociológico, hay un fin económico, hay un fin reivindicativo, hay un fin organizador, hay una finalidad sanitaria, por último, porque muchas veces por este orden jerárquico es realmente la última.

Porque si nos preguntamos ¿quién manda en el hospital moderno?, era una pregunta obvia en el hospital de hace un siglo, en el hospital de hace dos siglos, allí mandaba el Superior de la Comunidad o el Médico Jefe del Servicio. Hoy ¿quién manda en el hospital moderno?, ¿el sociólogo que provee la estructura por la cual se maneja?, ¿el sindicato que mayor número de afiliados políticos tiene y que puede parar, inmisericorde, el hospital ante una reivindicación no atendida?, ¿la entidad que paga los gastos cuantiosísimos de este

hospital, y como paga, manda?, ¿los tecnócratas que cuidan un ritmo de productividad del capital en ese hospital?, ¿el médico?. No sabemos quién manda en el hospital, en el hospital moderno, en este lujoso hospital moderno, donde no hemos sustituido estructuras superadas, que nos llegaban envejecidas de la Edad Media.

Este tiempo nuestro, creo que tenemos que abordarlo con la misma disposición del padre, en la parábola del hijo pródigo, que todos en este tiempo nuestro somos mitad hijos pródigos pero, al mismo tiempo, desdoblándonos, somos la mitad padres del hijo pródigo. Todos hemos salido de la casa paterna a gozar del poder creador de nuestros sentidos, y a dilapidar el poder asimilador del sentimiento, en concupiscencia y en esclavitud de nuestros sentidos, y hemos gastado y roto esa capacidad, esa armonía del equilibrio del espíritu y de la materia, y tenemos necesidad de volver a la casa paterna, y en la casa paterna donde estamos nosotros, no es hora tampoco de egoístas inhibiciones recriminadoras, sino es hora de salir a mitad del camino a otear el horizonte para ver si este hijo pródigo regresa a sus raíces, para tener andada esa mitad del camino, por si le faltaran las fuerzas de llegar al umbral. Esta, creo yo, que es la situación anímica de este mundo desarmónico que nos toca vivir, en donde tantas veces el desequilibrio del espíritu-materia nos hace perder el compás.

Porque hemos adquirido el temor de las grandes palabras, el temor a las palabras Patria, amor, honor, libertad, verdad, honradez; parece ser que estas grandes palabras nos quedan demasiado pesadas para nuestros hombros pequeños, y definitivamente nos quedan demasiado pesadas porque debemos de plantearnos la ineludible realidad de la falta de fecundidad operativa de aquello que nos puede ofrecer la materia y, por lo tanto, la urgente necesidad de volver a las raíces, de volver a lo fecundo. Lo dice también de manera perfecta Luis Rosales:

Vivir es ver volver. El tiempo pasa; las cosas que quisimos son caedizas, fugitivas: se van. Y esto es morir: borrarse de sí mismo, borrarlos de nosotros y sentir que se nos va secando, poco a poco, la tie-

rra o la raíz donde fueron creciendo aquellas cosas que nos hacen el alma, aquellos seres que amábamos un día y a cuyo amor debemos lo que somos. Pero vivir es ver volver.

La vuelta a las raíces; la disposición de constituirnos en minorías, conscientes de que ha pasado el tiempo de las minorías absolutas, y ha pasado el tiempo de las minorías privilegiadas; que era irremediable que esta masificación se produjera, y que con ella tenemos que enfrentarnos por lo menos con el mismo sentimiento de gracia desenfadada con que lo hace José María Requena:

*De acuerdo, ya lo sé ...
Que somos muchos
y que era inevitable
amontonar la vida,
y perder para siempre
el rasero cordial de la plazuela,
y que la cal se quede como un lujo
para el relato que los viejos hagan
rodeados de nietos
en azoteas huidas de la tierra.
En los últimos pisos
de tales rascacielos
sufre Sevilla
insomnios de emigrante
que sufre la patria abandonada
en la emoción de un patio.*

El arte actual se hace como protesta o como evasión. Si comparamos en no más del siglo pasado, a quién servía el arte, nos encontramos que el arte creado por los sentidos servía en gran parte a las iglesias y a los poderes del espíritu, y en otra a la necesidad de alimento estético en el hombre, en parte a sentimientos como el de la patria, como el del amor, o

como el del honor. Hoy el arte difícilmente sabemos a quién sirve, porque en ocasiones sirve a la máquina, a la que además copia de manera descarada en muchas de sus producciones, y en ocasiones no sirve a nadie, sino que se ejerce como un gesto de protesta el arte protestatario de todas las comunas, de todas las grandes ciudades. O se cultiva en la intimidad como una evasión consoladora ante una situación acre y agresiva del medio exterior. Situación que bueno es que sepamos que va a ir agravándose con las siguientes generaciones. Tengan ustedes en cuenta que de las 700.000 horas que aproximadamente que va a vivir el hombre de nuestro tiempo y el hombre de mañana, solamente va a trabajar 60.000, es decir un 6 por 100 de su tiempo; todo el resto de su vida lo va a tener para el ocio, y de esta desocupación del ocio es evidente que pueden derivarse más peligros que de la droga o de la fusión atómica, y, por lo tanto, el preparar a la masa a través de esta minoría, para que ese ocio pueda ser llevado con fecundidad, creo que puede ser uno de los retos que la minoría consciente se imponga.

Porque no nos engañemos, estética y belleza hay, lo que pasa es que tiene uno necesidad de buscarla. Antes la belleza y la estética se ofrecían por el solo hecho de su presencia, por el solo hecho de extender la vista sobre un paisaje, solo por el hecho de extender la vista sobre una ciudad no especulada sobre el terreno. Y ahí estaba, se ofrecía. Hoy tenemos que buscar la belleza, tenemos que buscar la estética, pero no para complacernos de ella, sino para tratar de comunicarla a esa masa amorfa a la que de alguna manera habrá que buscarle caminos de perfección.

Es posible a la altura de nuestro tiempo, es posible si tenemos la gracia que, por ejemplo, han tenido los arquitectos constructores del nuevo templo de Guadalupe, en Méjico, en el «Cerrito», en donde a consecuencia del subsuelo lacustre se han ido hundiendo las cuatro o cinco iglesias que están en aquel «Cerrito», como popularmente le llaman los indios que devotos llevan sus velas y sus flores casi todos los días. Han hecho un poco a la izquierda una auténtica basílica supermoderna, de piedra volcánica, redonda, con

una gran cúpula llena de alardes y de audacias arquitectónicas, pero conservando unas premisas de espiritualidad en donde la materia vuelve a estar al servicio del espíritu, en donde aquella corte humilde de indios que iban a la vieja basílica de Guadalupe van ahora a la nueva catedral de Guadalupe, porque se sienten acogidos, ellos no sabrán quizás por qué, en definitiva, por una gracia arquitectónica que una minoría de arquitectos inquietos han sabido sacrificar a la mayoría, silenciosa pero sensible.

El hombre de nuestros días vive sometido. Siempre vivió así, ya que la libertad absoluta es una utopía invocable e ingenua. Pero además de seguir sometido a sus pasiones y sentidos, nuestro contemporáneo se somete, en todos los grados, a la Ciencia, olvidando que una ciencia sin dominio es inmoral y peligrosa. El hombre debe estar por encima de la Ciencia, y hoy es su deslumbrado servidor. Peor aún, gusta de condicionarse a la «técnica» en vez de utilizarla con carácter de instrumento; y cada vez más se deslumbra por la tecnología, hermana menor y artesana de la técnica, con lo que la escala de su jerarquía va en descenso. La Ciencia hoy —y no digamos la técnica y la tecnología— es manipulada y orientada por quien paga su elevadísimo costo, es decir, por gobiernos fuertes y militarizados, grandes trusts, y multinacionales del consumo. Y el hombre singular ha caído en la trampa de servir a los servidores, quedándose de tal modo a la intemperie de su pobreza, que si le suprimieran de golpe las órdenes que le conducen no sabría, en absoluto, utilizar su tan pregonada libertad.

El vacío espiritual no podría ser llenado por los sentidos, que ellos previamente fueron acondicionados para funcionar en reflejo y no en respuesta.

El estruendoso mundo exterior va deformando la realidad y reduciendo la capacidad de sentimiento, desde la charla hasta la soledad sonora. Cuenta Julio Clovio, amigo, maestro, protector y compatriota de El Greco, que un día fue a buscar al pintor a su estudio para salir, juntos, a pasear por la ciudad. Era un día de primavera, en que el sol hacía estallar en el aire los colores de los gallardetes y el vuelo sensual de las

palomas de San Marcos. Al entrar en el taller, le pareció vacío. Estaba a oscuras y en silencio. Pero en un rincón medita el artista, junto a las ventanas cerradas, con la palma de su larga mano sobre los ojos:

¿Qué haces ahí —le preguntó el maestro— en tinieblas, cuando toda Venecia resplandece de luz?

Y el pintor respondió: Mi luz está dentro de mí.

Hoy sigue habiendo hombres que tienen el alma luminosa, pero o se incomunican voluntariamente, o no encuentran cauces válidos para ser compartidos, o no se esfuerzan en darse a los demás, y la tecnología vence a esta minoría quebradiza y selecta.

Los sentidos nos están traicionando. Se han prestado al juego del anuncio standard, la imagen prefabricada, y la emoción a plazo fijo. Obrar como porteros sobornados o aturcidos que ya no saben de qué calidad es lo que entra en la casa para enjuagarla o para vestirla del uniforme gris de la masa. La petrificación del hombre medio ante la pantalla de televisión va acabando con el diálogo y las opiniones. La enorme potencia de la música en salas y discotecas impide otra comunicación que no sea la táctil, porque hasta el elocuente mensaje de la mirada está impedido por la penumbra o distorsionado por los juegos de luces intermitentes. ¿Cuándo la ternura, la frase, el verso o el silencio? ¿Dónde los sentidos en armonía creadora?

Siempre la esperanza de los jóvenes —cumpliendo su deber de rebeldía— que se alcen a recuperar el libre manejo de ellos mismos. Porque el hombre maduro y el añoso los necesita. Cuenta el texto bíblico, que cuando el rey David envejecía perdiendo interés por lo actual y nuevo, decidieron hacerle acompañar por una joven Sunamita, que consiguió que el rey poeta volviera a su creación e interés. Desde entonces la sunamitización —contacto y contraste habitual con jóvenes— sigue siendo el proceder natural de mantener en forma la mente, la sensibilidad y la capacidad de creación del viejo. Por eso los profesores, que por oficio tienen que luchar, dialogar, comprender, aceptar o disentir de sucesivas promociones de jóve-

nes, siguen más tiempo lúcidos y ágiles, tardan más en perder la alerta incorporación de sus sentidos.

Y si no lo hacemos, si no somos capaces de luchar, si nos falta sensibilidad o generosidad para hacerlo, por lo menos, que tengamos la conciencia del yerro, la conciencia de nuestra quivocación, aquella conciencia que, para terminar también con un poeta de egregia categoría, R. Tagore, dejaba expresa en esta especie de letanía monónica como un canto gregoriano:

Si no es mío encontrarte en esta vida, sienta yo, al menos, que me ha faltado el verte. No me dejes dudarle un solo instante; no me quites de mis sueños la punzada de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Mientras pasan mis días en el mercado codicioso de este mundo, mientras se van llenando mis manos con la ganancia cotidiana, sienta yo siempre que aún tengo que hacer el largo viaje. No me dejes dudarle un solo instante, no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Cuando está mi casa adornada y suenan las flautas y los risotones, siendo ya siempre, que no te he invitado a ti. No me dejes dudarle un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.